



A LAS INFANTAS, MIS HIJAS

Cristina Pechuán

A LAS INFANTAS, MIS HIJAS



Primera edición: mayo 2026

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Cristina Pechuán

ISBN: 979-13-88195-54-9

ISBN digital: 979-13-88195-55-6

Depósito legal: M-11157-2026

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A Benito, mi mejor historia.

Tomar, 3 de abril de 1581

A las infantas, mis hijas

Siempre deseo responderos y nunca puedo, y menos ahora que son las once y aún no he cenado...

Vuestro buen padre

Lisboa, 21 de agosto de 1581

A las infantas, mis hijas

Mucho he holgado con vuestras cartas y con las buenas nuevas que me dais de la salud de vuestros hermanos; Dios se la lleve adelante y a vosotras también, como yo deseo. Estos días he andado un poco desconcertado; no sé si tiene la culpa de ello haber comido más melón algunos días antes, que los había muy buenos, mas yo creo que no; y aunque he quedado un poco cansado, creo que me ha hecho provecho.

Con mucha verdad podéis creer que os deseo ver y a vuestros hermanos; placera a Dios de ordenarlo de manera que pueda ser presto, como lo espero.

Luego otro día fue aquí día de San Roque e hicieron aquí una procesión general por haberse ya acabado del todo la peste, que después que yo entré aquí no ha habido casi nada y ya no la hay.

Y sea enhorabuena haber cumplido vos, la mayor, quince años, que gran vejez es tener ya tantos años, aunque con todo esto creo que aún no sois mujer del todo. Y hoy ha ocho días que os quise dar la enhorabuena y al escribir se me olvidó. Y vos, la menor, también cumpliréis presto catorce.

Vuestro buen padre

Lisboa, 30 de julio de 1582

A las infantas, mis hijas

Después que os escribí el otro día he ido siempre mejorando, aunque algo despacio. De dos o tres días a esta parte me parece que es más aprisa, aunque todavía tomo jarabes a las mañanas y bien bellacos porque tienen ruibarbo, y bebo, una vez de dos que bebo, de agua de agrimonia. Espero que estaré presto bueno del todo, si Dios fuese servido de ello.

Con vuestras cartas que recibí el miércoles holgué mucho por saber que todos estéis buenos, así sea siempre. Y bueno es que en Aranjuez haya ya cidras, como vos, la menor, me lo escribís. A las demás cartas vuestras, por ser ya viejas, acuerdo de no responder, sino quemarlas, por no cargar más de papeles, y no creo que hay nada en ellas a que hubiese que responder cosa que importare, pero si lo había me lo podréis volver a escribir.

Ayer vino nueva como ha llegado, cuarenta leguas de aquí, a un puerto, una nao de las que vienen de la India, que por ser vieja vino primera que las demás. Creo que vendrá aquí presto. No sé lo que traerán; solo he sabido que viene en esta nao un elefante que envía a vuestro hermano el visorrey que envié a la India desde Tomar, que era ya llegado allá y llegó a buen tiempo, porque era muerto el que allá estaba, digo el visorrey que allá estaba.

Decid a vuestro hermano esto del elefante y que le tengo un libro que enviar en portugués para que por él lo aprenda, que muy bueno sería que lo supiese ya hablar; que muy contento vino don Antonio de Castro de las palabras que le dijo en portugués, que fue muy bien si así fue. Y ya esta es muy larga para convaleciente y flaco. Dios os guarde; de Lisboa, a 30 de julio, 1582.

Vuestro buen padre

Lisboa, 19 de marzo de 1582

A las infantas, mis hijas

... de vosotras me dan todos muy buenas nuevas y de que estáis muy grandes. Según esto, debéis haber crecido mucho, a lo menos la menor. Si tenéis medida, avisadme cuánto habréis crecido después que no os vi y enviadme vuestras medidas muy bien tomadas en cintas y también la de vuestro hermano, que holgaré de verlas, aunque más holgaría de veros a todos.

Y espero en Dios que os he de ver presto; y así se lo pedid vosotras y que lo ordene todo de manera que pueda ser, y Él os guarde como deseo; de Lisboa, a 19 de marzo, 1582.

Vuestro buen padre

Fragmentos de cartas enviadas por Felipe II a sus hijas durante su estancia en Portugal.

Palacio del Pardo, Madrid. Otoño de 1597

Sus pensamientos son vehementes, su conciencia le atormenta con susurros, los recuerdos desfilan ante él como fantasmas que exigen justicia por los errores del pasado. En la vejez todo se torna confuso y las dudas le hieren como espinas. Las decisiones equivocadas, aquellas que sembraron dolor entre sus seres más queridos, le torturan con el recuerdo de sus rostros y de sus lágrimas.

El rey se siente cansado, abatido. Recostado sobre almohadones, levanta la cabeza para dirigir la mirada hacia un Perseo exultante que muestra con orgullo la cabeza de Medusa.

«Mírame, joven héroe. Sí, mírame aquí postrado», piensa don Felipe. «Decapitaste a esa Gorgona que podía convertir a los hombres en piedra con su mirada. Pero yo también fui valeroso, tuve ansias de poder, de conquista, de amor, fui soberbio, intrépido. Mi padre construyó un imperio, pero yo lo hice crecer sin límites, amplié las rutas comerciales, batallé contra franceses, flamencos, otomanos, ingleses... Siempre defendí la verdadera religión de nuestro Señor.

»Sin embargo, mírame ahora. ¡Oh, el dios Cronos me ha destruido con su reloj imparable, me he convertido en arena entre sus dedos implacables! La incipiente calvicie, los párpados caídos, las mejillas blandas me dibujan un rostro que ha perdido la altivez de antaño. ¿En qué combate abandoné mi coraje? ¿En qué alianza perdí mi ambición? ¿Dónde quedó mi genio y mi fama? Mi ánimo se vuelve forzosamente melancólico, mi destino es un barco a la deriva».

Felipe II solo encuentra satisfacción en la nostalgia del pasado. Añora a sus esposas: a doña María Manuela, la portuguesa; a doña

Isabelle, la francesa, y a doña Ana, la austriaca. A la inglesa la olvidó hace años, gracias a Dios. Añora a sus hijos ausentes, sus risas y juegos, sus abrazos y besos, sus voces y silencios; principalmente a Catalina, su querida hija, que marchó hacia tierras piamontesas convertida en duquesa de Saboya. Junto con Isabel, ha pasado los años más felices de su vida. Recuerda los largos paseos por Aranjuez, por El Escorial, del brazo de sus niñas. Catalina, tan cariñosa.

¡Cómo ha cambiado el ánimo en la corte desde que marchó, hace doce años! Esa joven tímida e indecisa que se escondía tras su hermana y que procuraba complacer a todos los que le rodeaban es ya una mujer madura con una numerosa prole de hijos. Alegraba cualquier estancia con sus ganas de disfrutar de la vida, con su dulzura y delicadeza, con su porte recatado y su belleza toscana. Ay, el rey arde en deseos de volver a verla, de abrazarla, de conocer a sus nietos, de pasear juntos del brazo y hablar, hablar, hablar.



Obra anónima copiada de Juan Pantoja de la Cruz.

Segunda mitad del siglo XVI.

Felipe II con el Toisón de oro. Museo de la Trinidad.

En la calma tibia del atardecer tiene a su lado a Isabel y a Felipe, pero se encuentra especialmente intranquilo. Su corazón late como el sobrecogedor toque de un tambor en tiempos de paz. Presiente con resignación que va a pasar otra noche en vela. La perversa artritis gotosa no le permite descansar desde hace varios días; percibe que le corroe el cuerpo cual gusano silencioso. Lleva tanto tiempo sufriendola que ya no recuerda lo que es dormir plácidamente más de tres horas seguidas. Siente el brazo más hinchado y enrojecido de lo normal y la rodilla le supura dolorosamente.

Acaricia a su perro con la mano sana. Solo se oye el acompasado sonsonete de los relojes y el crepitar de la leña en la chimenea. Esa leña de encina que tanto le gusta, con aroma de nueces y tierra mojada.

El rey se queja poco para el dolor que sufre. Su mirada es serena porque su alma está en paz con Dios. Sabe que le faltan pocos años para volver a encontrarse con su querida Isabelle, la esposa que tanto amó. Cada vez pasa más tiempo rezando ante las tumbas de sus hijos en El Escorial y descuidando los despachos que le llegan. Es delante del sagrario el único lugar donde calma sus tormentos y deja rodar las lágrimas por las mejillas.

Observa a sus hijos con afecto, pero con tristeza. Se acerca el final de su vida y le apena dejarles el peso de una carga tan pesada. Tantos conflictos, tantos reinos que gobernar, son demasiado para una vida y para un solo hombre. Está viejo y empieza a anhelar el descanso eterno, como el guerrero que necesita reposar con su amada tras la batalla. ¡Cómo le gustaría retirarse al silencioso refugio de un monasterio del mismo modo que hizo su padre!

A Isabel la ve igual de bella que siempre, aunque comienza a perder la frescura de la juventud. Ya se le empieza a ensanchar el talle y algunas canas asoman entre sus rubios cabellos. Le recuerda a su madre, doña Isabel de Portugal: el mismo pelo ensortijado que le da un aspecto alegre y risueño; los ojos saltones que le otorgan autoridad a la mirada, y su pálido cutis que la convierte en una joven muy femenina y refinada. Isabel ha disfrutado de una ma-

ñana de cacería en los montes de palacio y todavía conserva en el rostro los colores del sol y del aire fresco que empiezan a anunciar el invierno. Pero los años no pasan en balde y debe casarla pronto, aunque ella se resista a aceptar al candidato, como tantas veces ha hecho.



Pantoja de la Cruz, Juan. 1598-1599. *La infanta Isabel Clara Eugenia*. Colección Real, Palacio del Buen Retiro, Madrid.

En el fondo, no le insiste para que se comprometa. Es consciente de que está siendo egoísta con respecto a su primogénita, pues desde que murió su esposa, doña Ana, Isabel se ha convertido en su compañera imprescindible, en su secretaria, su consejera e, incluso, su enfermera. Las viejas heridas que se infligieron entre ellos han quedado suturadas por el sabio cirujano que es el tiempo, o eso es lo que prefiere pensar don Felipe.

Mira de reojo a su hijo. Ese niño rubio de marcado prognatismo y labio bello que tanto le recuerda a los retratos de sus antepasados está convirtiéndose en un joven alegre y sociable. El rey ha procurado que reciba una buena formación, pero con diecinueve años parece más inclinado a las tareas ociosas de la pintura o la jardinería que a los asuntos de gobierno. El muchacho confía en que su padre no le vea las partituras que sostiene delante de los documentos que le ha mandado leer, y puntea los dedos sobre el reposabrazos de la butaca, marcando un ritmo que solo él conoce. Ladea la frívola cabeza de un lado a otro, como si escuchara una música imaginaria.

En mitad del silencio, golpean enérgicamente la puerta y se presenta en la sala un correo urgente con una misiva remitida por don Juan de Idiáquez desde Italia. El mensajero se la entrega al rey con una reverencia y sale del despacho. Con sus manos torpes, consigue quitar el lacre y lee la carta para sí mismo.

—¡Nooo!

El monarca lanza un profundo grito de dolor que hace levantar a sus hijos de las butacas. Los perros que dormitaban a sus pies se incorporan y comienzan a ladrar con estrépito.

Con el rostro desencajado por la angustia, le entrega la carta a su hija. Los ojos se le llenan de lágrimas. A Isabel no le hace falta leerla, solo con mirarla entiende el mensaje. Unas breves líneas lo resumen.

—¡Catalina ha muerto! —exclama desolada cayendo de rodillas al suelo.

Felipe rompe a llorar abatido. Isabel cierra los ojos porque no puede mirar a su padre. Es demasiado sufrimiento para una sola

vida. El Señor está siendo cruel dándole de beber de nuevo ese cáliz tan amargo. Su querida hija Catalina ha partido hacia los brazos de la Virgen.



Pantoja de la Cruz, Juan. Hacia 1603. *Felipe III*.
Palacio Real de Madrid.

—¡Mi niña! ¡Mi hija! ¿Qué le han hecho? ¿Qué le ha pasado?
—se pregunta el rey con la respiración entrecortada.

Isabel no puede hablar. El dolor le atraviesa el corazón, la angustia le presiona el pecho. Su hermano le ayuda a sentarse de nuevo y le recoge la carta de entre los dedos, balbuceando:

—Dice Idiáquez que la tristeza que acaece en la corte de Saboya es inmensa. Este comunicado está fechado el 8 de noviembre, pero Catalina murió unos días antes.

El rey estira los brazos para que sus hijos le ayuden a levantarse. Isabel se alza pesadamente y le acerca el bastón, pero su padre lo rechaza. Don Felipe se apoya en los hombros de sus hijos y los abraza llorando como un niño desconsolado. La expresión de dolor que contusiona sus cuerpos podría haber inspirado a Van der Weyden en su cuadro *Descendimiento de la cruz*.

—Recostaos en el diván. Pediremos que os traigan una infusión de valeriana —dice el príncipe mientras ayuda a su padre a colocar su lisiado cuerpo entre los almohadones.

El rey no puede soportar tanta amargura. Incorporándose de nuevo con gran esfuerzo, le pide a Felipe que le acerque las cartas de Catalina.

—Leédmelas, Isabelita —dice, mostrándoselas con manos temblorosas.

—No puedo, padre. Las lágrimas no me lo permitirían —contesta Isabel sentándose a los pies de su padre.

El rey alarga el brazo para entregárselas a su hijo.

—Leedlas vos, Felipe.

—Padre, no, yo tampoco puedo. La pena me emborriona las letras. —El príncipe se sienta y agacha la cabeza con gesto de dolor. Se le oye llorar.

Tras unos minutos en silencio, el monarca cambia la expresión de tristeza por una tensión en los músculos de su cara. Enrojece y exclama con ira:

—Doce años han pasado desde que le confíé mi hija a ese desgraciado ambicioso. He intentado amarle como a un hijo. Doce

años que ha estado atormentándome con sus pretensiones de poder hasta que llegó a desesperarme. Doce años lleva entrometiéndose en mis relaciones con otros reinos, comprometiendo a mis embajadores.

—Yo solo pienso en los niños que deja huérfanos. ¡Son vuestros nietos, padre! —exclama Isabel con determinación.

Su Majestad llama con la campanilla a sus criados para que le lleven a la capilla.

Antes de salir de la estancia, grita sollozando:

—¡Ese maldito hijo de perra!

Los ojos de Isabel parecen salirse de sus órbitas ante el alarido de su padre. Al príncipe se le contraen los labios, se le endurece la mandíbula.

Palacio del Pardo, Madrid. Otoño de 1597

De nada han servido las infusiones de valeriana que tomó antes de acostarse ni las piadosas oraciones por el alma de su hija rezadas ante el crucifijo. El rey no ha podido descansar. Y no ha sido la gota, no, ha sido la indecible angustia que le ha oprimido el corazón, le ha agitado los pensamientos y los ha convertido en amargos recuerdos, cada minuto, cada hora, toda la noche. La imagen del ansioso duque se ha alternado con la dulce sonrisa de Catalina en un continuo duermevera.

El rey se siente dominado por la desesperación. Ese insensato, ese codicioso, ¡ese maldito hijo de perra! Le ha estado hostigando sin tregua desde que lo conoció. Ese necio gusano al que confió su niña, para que después de doce años le anuncien su muerte. «¡Dios mío, apiádate del alma de mi amada hija!».

La llegada de un nuevo día no trae alivio, sino una voluntad renovada de enfrentar el enigma que yace tras el deceso de Catalina. Llama a sus criados. Le sirven una pequeña colación para coger fuerzas: pan con aceite, queso, membrillo, castañas y un espeso chocolate caliente. Apenas come dos o tres castañas. El médico le masaja las piernas para aliviarle los dolores. Lo visten y marcha a la capilla. Una hora permanece en silencio ante la eucaristía. Lloro, sonrío, frunce el ceño, murmura sus oraciones mientras manosea las cuentas del rosario, se santigua, vuelve a llorar amargamente.

Eleva la mirada y observa la tristeza que emana la imagen de la Virgen de la Soledad: el rostro dolorido ligeramente inclinado, los ojos entornados, los labios entreabiertos en una serena expresión de llanto contenido, el luto riguroso, las manos entrelazadas en el largo rosario negro... Busca el consuelo pensando que ella también sufrió lo inefable ante el martirio de su hijo.

En su despacho le esperan sus hijos y sus secretarios, Zúñiga y Vázquez.

—¡Zúñiga, escribid a la camarera mayor de mi hija! Quiero que nos relate cómo fueron sus últimas horas, qué matrona y qué médico la atendieron y si estaban capacitados, cuáles fueron sus últimos alimentos. Quiero saber la causa del fallecimiento, ¡quiero saberlo todo! —ordena imperiosamente.

Siente que sus rezos matinales le han renovado una energía que creía consumida.

—Pero padre, ¿qué os preocupa?, ¿qué estáis pensando? —murmura tímidamente Isabel—. Ya nos han dicho que murió de sobrepeso.

—¿Sobrepeso? ¿Después de parir ocho hijos? Podría ser, sí, podría ser, pero quiero saber más. —Habla con irritación, su voz es cada vez más tensa—. No nos han dado suficientes explicaciones. No viviré tranquilo hasta que averigüe lo que pasó. ¡Escribid al duque para que hagan una autopsia del cuerpo de Catalina y nos envíe un informe! Ese hombre se convirtió en un ser codicioso, lleno de alarmantes ambiciones políticas que se tornaban, a menudo, contrarias a los intereses de mi Gobierno. Y ese consejero suyo, Pallavicino, ese sí que es un lobo con piel de cordero —maldice exasperado—. ¿Qué le habrá hecho ese mezcuzino a mi niña?

El príncipe, que había permanecido acurrucado como una plañidera, se levanta solemnemente y suspira resignado mientras intenta borrar con el pañuelo las lágrimas que le brotan de los ojos enrojecidos.

—Estoy de acuerdo con padre: debemos averiguar qué conjura palaciega se ha tramado en esa corte saboyana. Ya nos avisó Sfondrato de las continuas vejaciones que sufría el servicio de Catalina en estos últimos años.

—¿Qué pasó con Sfondrato, Zúñiga? ¿Qué habéis podido averiguar?

El secretario agacha la cabeza buscando la respuesta más adecuada. Es un hombre de avanzada edad, de cabellos grises bien

peinados que enmarcan un rostro sereno y amable. Su tez es pálida pero saludable y su modesta sonrisa muestra una naturaleza servicial.

Continúa el rey:

—Un hombre tan leal. ¡Nadie ha sido tan leal como Sfondrato! Lo nombré mayordomo de la casa de la infanta para que me tuviera informado de todos los sucesos relevantes que afectaran a mi hija, y muere de la noche a la mañana, sin más explicación que un mal del corazón.

—Estamos investigando, majestad. No descuidamos nuestras obligaciones —murmura Zúñiga excusándose.

—¡Ay, condenado Carlos Manuel!, con lo que yo apreciaba a su noble padre. Pero ese bicho no ha heredado su honestidad. Desde el día que nos conocimos, no dejó de presionarme para que le ayudara en sus proyectos militares. Sus peticiones eran tantas que no podía más que negarme o darle largas. Le aconsejé que no se metiera en conflictos con Francia, pero quiso aprovechar las guerras religiosas en que se encontraba ese reino para engrandecer su pequeño estado. Mis embajadores no consiguieron frenar su ambición. Se enorgullecía de la preponderancia que había adquirido al casarse con Catalina y estaba perjudicando nuestras relaciones con los demás reinos. Y mi inocente hija fue cambiando su lealtad española hacia la de su marido.

Isabel llora en silencio. Es un llanto amargo, reservado. Todavía conserva las cartas de Catalina en las que confesaba el intenso amor que sentía por el duque, su alegre vida en Turín, el amor por sus hijos.

Pero el monarca tiene sus dudas. Muchas veces se ha cuestionado la pasión sincera del duque. Intuye que su hija se había entregado a los brazos de su esposo con demasiada franqueza, sin sospechar que aquel amor pudo ser fingido.

—Acogí a ese pérfido como a un hijo y le condecoré con la insigne medalla del Toisón de Oro. ¿Dónde se encontraba cuando murió Catalina? ¿Por qué no estuvo a su lado durante sus últimas horas de agonía? —se lamenta.

Zúñiga, siempre diligente, mira fijamente al rey y responde:

—Majestad, averiguaremos todo lo que podamos. Si hay piezas que no encajan, intentaremos buscarlas y darles una explicación. Vuestra merced conoce muy bien al duque, y es verdad que nunca ha podido moderar sus afanes conquistadores. Se le procuró entregar todo lo que estuvo en nuestras manos; no todas las rentas prometidas en la dote, pero sí recibió algunas. Y también tuvo el auxilio de los tercios en alguna ocasión.

—Nunca le pareció bastante. Presionaba y presionaba. Me acusó de cicatero, de no cumplir mis promesas. Estos últimos años han sido continuas sus irritantes cartas forzándome a satisfacer sus pretensiones —dice el rey rebuscando papeles—. No comprendía que estaba poniendo en peligro el trono francés para mi hija Isabel, heredera de los Valois.

Apoya los brazos sobre la mesa y deja caer la cabeza lentamente, cerrando los ojos con terrible dolor. En ese mismo instante, Felipe II, rey de España y de las Indias, de Portugal, de Nápoles, Sicilia y Cerdeña, duque de Milán y de Borgoña y soberano de los Países Bajos, se derrumba y llora como un niño. No puede soportar el tormento que le producen las voces que resuenan en su conciencia. Su hija le suplicaba en sus cartas que ayudara al duque. Estaba tan enamorada de su esposo... ¡Pobre chiquilla!

Demasiadas promesas se hicieron a cambio de obtener la vía libre para llegar a Flandes. Demasiados contratos se firmaron sabiendo que no se podrían cumplir a cambio del paso necesario para los tercios, pero era urgente sofocar las revueltas holandesas. Los Austrias tenían que demostrar que podía mantener a raya a los reinos de Francia e Inglaterra.

Su hija, su pequeña niña, la buena de Catalina, ha sido utilizada por el bien de la corona, por la defensa de la verdadera religión. Gracias a ella, la cruz del Señor se sostiene firme.

Un silencio prolongado permanece en el salón apenas roto por los gemidos ahogados del rey. La insostenible tensión incomoda a sus secretarios, que se miran sin saber cómo actuar. El joven prín-

cipe disimula su aflicción tapándose la cara con el pañuelo; nunca ha visto llorar a su padre.

Isabel se acerca al rey. Lo abraza por la espalda y lo besa en la mejilla. Quiere darle un consuelo que sabe que será insuficiente.

—¿Sobreparto?! —susurra don Felipe lastimosamente a su hija—. Esa funesta palabra me acompañará el resto de mi vida.

—Padre, escribiré a doña Mariana a ver si puede esclarecer algo, pues ella no se separaba nunca de Catalina; pero vos sabéis que los designios del Señor son insondables y la inteligencia del hombre es limitada para comprenderlos. Solo Él sabe por qué y para qué. Nunca encontraremos una respuesta a lo que nos acontece cada día que consiga aplacar la angustia de la incertidumbre. Nuestra corta existencia solo tiene explicación en un horizonte más amplio, que es Dios.

Isabel habla con aparente tranquilidad, aunque las lágrimas que bañan sus ojos revelan su vulnerabilidad.

—Tenéis razón, hija mía —assume don Felipe tajante, aspirando el suave aroma de la encina quemada en la chimenea—. Recemos por su alma para que el Señor la acoja en su seno. Indicad al capellán que celebre una misa por Catalina y asistamos todos juntos.

El rey, Isabel y Felipe se dirigen cabizbajos hacia la capilla. Van vestidos de negro riguroso y caminan despacio, tristes, abrazados, como víctimas inocentes que marchan hacia la horca buscando un hálito de esperanza en la oración.

Salón Dorado del Real Alcázar de Madrid. Verano de 1583

En la estancia más amplia y más bellamente decorada del palacio se mantiene una tensión inusual suspendida en el aire, semejante al de una tormenta eléctrica antes de desatarse. Nadie se atreve a abanicarse, ni siquiera a mover un músculo que genere el más mínimo crujido en la butaca. Los presentes contienen el aliento y asienten con la cabeza, cautivados por la sublime interpretación que fluye desde el escenario.

Esta tensión es inusual, porque la audiencia está compuesta en su mayoría por adolescentes cortesanos que forman la bulliciosa camarilla que rodea a las jóvenes hijas de Felipe II, una asamblea generalmente inquieta y viva que en este instante se halla sumida en un silencio sepulcral en honor a la infanta Isabel.

El rey ocupa su trono, con una mirada orgullosa y llena de satisfacción hacia su hija. A su lado, el pequeño príncipe escucha atentamente la declamación que envuelve la sala.

En el centro de una elevada tarima se encuentra la hija mayor del rey, sentada en un escabel que hace de piedra. Su voz afectada cargada de significado secreto resuena en el espacio. Su mirada observa con dulzura los gruesos labios de Alberto, su recia barbilla, sus mechones rojizos que le caen rebeldes sobre la frente, como si estuviera tejiendo un lazo invisible que los une aún más mientras su mano acaricia con suavidad la mejilla de su primo, arrodillado a sus pies. Él le clava sus ojos azules, dejándose acariciar. La intensidad de la mirada entre ambos crea un mundo propio donde solo existen ella y él.

*¿Por qué te vas? Di, pastor.
¿Por qué me quieres dejar donde el tiempo y el
lugar y el gozo de nuestro amor no se me podrá
olvidar? ¿Qué sentiré, desdichada, llegando a
este valle ameno, cuando diga: ¡ah, tiempo bueno!
Aquí estuve yo sentada hablando con mi
Sireno?!*

Alberto había llegado a Madrid hacía trece años, siendo apenas un niño de once, acompañado de su hermano menor, Wenceslao, y su hermana mayor, Ana, quien estaba prometida con el rey Felipe II.



Pourbus el Joven, Frans. Hacia 1599. *Archiduque Alberto de Austria luciendo el Toisón de Oro*. Colección privada.

1 *La Diana*, de Jorge de Montemayor.

Llegaron desde tierras lejanas, enfrentándose a la novedad de una corte desconocida y costumbres rigurosas que contrastaban con la vida en la corte de su padre, el emperador Maximiliano II. El latín, la historia natural, la misa diaria, el rosario a las siete de la tarde se volvieron en monótonas ocupaciones, en agudo contraste con las travesuras y libertades que habían disfrutado en Viena.

La sombra de su pequeño hermano Wenceslao, quien solía refugiarse en la cama de Alberto en la oscuridad de la noche, se había perdido hacía cuatro años, dejando en él y en la corte un vacío profundo, pero lazos más cálidos florecieron entre Alberto y sus primas Isabel y Catalina, una simpatía mutua creció desde el primer encuentro, sobre todo entre Alberto e Isabel, a los que el destino parecía susurrar un futuro compartido. Isabel, con ocho años, ya anunciaba, para chanza de los presentes, que Alberto se convertiría en su esposo.

La infanta mayor tiene buena memoria y es la protagonista de *La Diana*, una obra que representa el reflejo de su propia historia. Isabel, en el papel de Diana, y Alberto, como el pastor Sireno, un amor correspondido pero condenado a la distancia.

La obra teatral es representada en honor de la infanta el doce de agosto, día de su decimoséptimo cumpleaños, aunque la joven parece tener más edad. Siempre ha sido juiciosa y sensata, ya que, al no gustarle las muñecas como a otras niñas, ni la música como a otros jóvenes, ni la costura como a otras damas, solo encuentra entretenimiento en la lectura. Desde niña lee con empeño cualquier libro que llega a sus manos, ya sea de caballería, pastoriles o teatro, de devoción o vidas de santos.

*Mira si será
tristeza no verte y
ver este prado de
árboles tan
adornado y mi
nombre en su*

*corteza por tus
manos señalado.*

Isabel continúa su recitación hasta que la sed y el calor la llevan a levantarse del escabel y solicitar un breve receso y un sorbo de agua. Alberto se alza también y gentilmente toma su brazo para acompañarla.

Los asistentes aplauden tímidamente, solo con un gesto, apenas unos golpecitos con los abanicos cerrados sobre las palmas de las manos. A la infanta no le agradan las manifestaciones demasiado efusivas. El rey se pone en pie seguido por el eco de movimientos del salón. Deja la estancia en compañía de sus consejeros para atender asuntos de urgencia mientras los criados aprovechan la pausa para servir agua fresca con limón, tratando de aliviar el sofocante calor del verano.

En los rincones, susurros y murmullos se confunden con risas discretas de los jóvenes cortesanos que buscan el fresco en las ventanas. Entre ellos, dos figuras están atrapadas en su propia tensión. Son Catalina y Antón. Ella bebe limonada para aliviar la sequedad de su garganta, pero él, un joven de barba incipiente y cabellos ensortijados, heredero de una importante figura en la corte, se desabrocha los botones del cuello en un gesto nervioso. Antón le expresa con impaciencia su deseo de comenzar una relación de compromiso. Quiere cortejarla para iniciar un noviazgo cuanto antes, pero está temeroso de que el rey se adelante en la toma de decisiones.

—No seáis tan impetuoso. Tiempo al tiempo, no receléis de ningún otro. Padre no me ha comentado de ningún pretendiente en firme, estaos tranquilos —le replica Catalina.

El joven se irrita, aprieta las mandíbulas. Coge fuertemente a la infanta de la mano provocando que salpique unas gotas de limonada y eleva la voz:

—Os amo con profunda reverencia y no puedo esperar más. Hay que hacerlo oficial cuanto antes. Si el rey nos da su bendición, podríamos comenzar el cortejo para llegar al matrimonio en unos meses.

Catalina intenta que se calme. Deja la copa sobre el alféizar de la ventana y, cogiéndole las dos manos, le reitera con dulzura que nin-

gún hombre ha mostrado interés en cortejarla. Su padre siempre ha querido escuchar sus peticiones y nunca han sido rechazadas. Deben encontrar el momento adecuado para comunicarle su intención.

Antón se queda más tranquilo y le besa las manos con ardor. Ella debe ser suya, de nadie más. La más hermosa mujer de la corte, dulce, recatada..., un dechado de virtudes con la que será muy afortunado compartiendo su vida.

Aunque Catalina sabe que no es tarea fácil, su inmediato deseo es tranquilizar a Antón, pues tiene un carácter demasiado apasionado. Ella carece de la capacidad de herir los sentimientos de los demás y, en el fondo, se siente halagada por el joven. Ostentar el título de duquesa de Alba en el futuro es una propuesta que se debe considerar. Bebe y mira de reojo a su pretendiente por encima de la copa. Lleva tiempo pensando que va a ser arriesgado decirle a su padre que desea comenzar una relación de compromiso con el nieto del duque de Alba. El rey quiere a sus hijas con locura, pero ellas no pueden entrometerse en esos asuntos.

Se les acercan Isabel y Alberto, interrumpiendo la conversación.

—¿Qué cuchicheáis con tanto frenesí? —pregunta Isabel, sonriente. Ellos se separan sonrojados.

La infanta mayor continúa sin dar importancia a la turbación que ha causado. Catalina, para disimular, pide a su hermana que le ayude a memorizar sus estrofas.

—Si no fuera por mí, nada saldría adelante —responde envane-cida—. Te ayudaré a repasar tu papel.

Las dos hermanas se alejan del brazo acompañadas por Alberto, dejando a Antón junto a la ventana. Él los sigue con la mirada. Catalina es una pieza demasiado codiciada en el tablero de los poderosos reinos católicos y él no está dispuesto a perderla. No pueden dejar pasar más tiempo. Urge comunicarle al rey sus intenciones de comprometerse.

«Yo soy un digno partido para una infanta segundona: Antón Álvarez de Toledo y Beaumont, el futuro duque de Alba —piensa el joven mirando a su enamorada—. Ya que mi padre no tuvo el

carisma necesario para convertirse en el sucesor de las empresas del gran duque, yo conseguiré subir en el estatus palaciego con una buena boda».

—¡Antón! ¡Catalina! ¡Subid al estrado! —exclama Isabel alen-
tándolos con las manos—. Es vuestro turno para la actuación.

Las declamaciones que realizan estos últimos son bastante me-
diocres. Catalina se muestra insegura y debe interrumpir la actuación
varias veces para que se le indique la continuación de algún verso.
Pero al rey no le importa; al contrario, le agrada el interés que mues-
tran sus hijas en memorizar las grandes obras de la literatura.

Terminada la obra de teatro, llega el momento de los regalos.
Isabel se sienta en una suntuosa butaca sobre la tarima, en espera
de ser lisonjeada. El rey es el primero en hacerlo. Sube al estrado y
le entrega a su hija una lujosa caja portuguesa de madera de cedro.
Isabel la abre con impaciencia y halla en ella un soberbio camafeo
de marfil con la efigie de su padre tallado en él. Le conmueve el
regalo, pues le parece que tiene un fuerte sentido simbólico en
cuanto a la continuidad dinástica. En un acto impulsivo, se levanta
y se arroja a los brazos de su padre, que la acogen con ternura, pero
con turbación también.

Tras este obsequio, le son entregados a la infanta muchos más:
de sus hermanos recibe un espejo de madera dorada con un pe-
queño relieve representando una flor; de su tía María de Austria,
un abanico de seda con exquisitas pinturas alegóricas; el que llegó
desde París de su abuela Catalina, de los miembros de la corte...
Solo falta el de Alberto, que lo ha reservado para el final.

Sube solemnemente al estrado, se hinca de rodillas delante de
su cómplice prima y, cogiéndole la mano, se la besa con dulzura.
Saca del bolsillo un anillo de oro con una piedra engarzada de
encarnado rubí y se lo coloca a la infanta en el dedo anular. A los
presentes les divierte la escena, pues la encuentran ocurrente al
relacionarla con la obra de teatro que acaban de presenciar.

—Mi querida Diana, ¿deseáis que pida vuestra mano a Su Ma-
jestad? —pregunta

Alberto alzando la voz para ser escuchado por el rey.

—Sí, hacedlo, mi querido Sireno —contesta tajante Isabel.

El público, sorprendido y entusiasmado, comienza a aplaudir y a ovacionar con espontaneidad la intrépida declaración en un mar de júbilo y agitación.

Ambos se colocan de pie cogidos de la mano y dirigen la mirada hacia la del rey, que advierte de repente que la representación ya ha terminado hace rato y, como si hubiera recibido una bofetada que le obliga a reaccionar, grita encolerizado:

—¡¿Cómo osáis pedir la mano de la infanta, insolente?! ¡Callad inmediatamente! Idos de mi vista, lejos, ¡marchad lejos! No quiero veros. Habéis clavado un puñal en mis entrañas.

Se levanta del trono y se acerca a los enamorados.



Sánchez Coello, Alonso. 1585-1588. *La infanta Isabel Clara Eugenia y Magdalena Ruiz*. Museo del Prado, Madrid.

—Y vos, hija mía, ¿de verdad sois tan ingenua que pensabais que yo aceptaría este enlace? —No puede seguir manteniendo la mirada de la infanta y baja la cabeza, decaído, luchando por contener su enojo—. Ay, Isabel, yo os creía más capaz. ¿No sabéis que las bodas de todos los hombres y mujeres de la corte las decido yo? ¿O pensáis, quizá, que por ser mi hija voy a concederos esa licencia?

En medio de la tensión, Isabel y Alberto siguen con las manos entrelazadas, los corazones latiendo con fuerza al unísono, sin poder emitir palabra alguna ante la tempestad que los rodea.

Zúñiga, siempre diligente, sube al estrado y sujeta a Alberto del brazo para acompañarlo hacia la puerta de salida. Isabel se abraza a su primo con lágrimas en los ojos.

—¿Qué hemos hecho, Alberto? ¡Qué imprudencia! ¿Cómo nos hemos dejado arrastrar por los impulsos que nos ha dictado el corazón? Nunca nos deberíamos haber atrevido a cometer esta necedad.

Alberto camina cabizbajo mientras le dice:

—Sí, querida mía, nos hemos precipitado en un abismo. Os amo y siempre os amaré.

El rey sale tras su sobrino. Catalina sube al estrado para consolar a la abatida Isabel, que llora con amarga vehemencia.

La expulsión de Alberto de la sala provoca la angustia entre los presentes, que se dispersan lentamente dejando atrás un silencio ensordecedor. El pequeño príncipe, aturdido por lo ocurrido, se aproxima para besar la mano de su hermana mayor, que todavía luce el anillo de oro, con ternura fraternal y sin comprender del todo el torrente de emociones que ha presenciado.

En plena quietud, Antón permanece solo en medio del salón, luchando contra el vendaval de sus propios deseos y temores mientras contempla a los hermanos, que se abrazan apretadamente en el estrado.

Esa noche, la congoja se instala en el corazón de Isabel como una sombra persistente. Las duras palabras proferidas por su padre la han golpeado en lo más profundo. Ordenada a permanecer en

su habitación, se sumerge en una tristeza incontrolable. Catalina, preocupada por la salud mental de su hermana, hace llamar a un médico.

El diagnóstico no es menos desolador: un principio de delirio. La fiebre quema su cuerpo y sus pensamientos parecen escaparse de su control. Sangrada y confinada a una dieta mínima, Isabel lucha contra los abismos de su propio ser, mientras los cuidados vigilantes de su hermana intentan evitar que se lance al vacío, tanto físico como emocional.